

JORGE VON HAUENSCHILD

LOS ABORIGENES DE SANTIAGO DEL ESTERO ⁽¹⁾

I PARTE

Los aborígenes a la llegada de los conquistadores

La rama de la ciencia que se ocupa de los habitantes de la tierra, de los distintos pueblos y razas, se llama: *Etnología*.

El conocimiento de la misma ha sido en todos los tiempos un tema apasionante para los investigadores, pero recién el invento de la escritura ha producido documentos que permiten reconstruir el edificio de la humanidad sobre bases relativamente seguras. Para nuestro continente, esta era se inicia con la conquista española, es decir, hace más o menos cuatrocientos años, por cuanto no se conoce ninguna escritura anterior a la misma, si exceptuamos el Código Mejicano, que aun hoy no ha sido descifrado a entera satisfacción y el "quipu" incáico que más bien perseguía fines de contabilidad.

A base de la documentación escrita, debería ser fácil ubicar los distintos pueblos, darles el nombre que les pertenece y reconstruir así su vida cultural y espiritual. Pero no es ésta la realidad, y particularizándonos con nuestro ambiente, encontramos con respecto a las tribus que poblaban lo que hoy es territorio de Santiago del Estero, que existen entre los cronistas y historiadores de la época divergencias tan grandes que cambiarían fundamentalmente el aspecto del problema. Se debe tener bien en cuenta que los que nos han dejado esta valiosa documentación, han sido seres humanos, tan propensos a equivocaciones y confusiones y que, por otra parte, ejercía una gran influencia el grado de preparación de cada uno, su condición de militar, de civil o de religioso.

En la actualidad solo hay dos trabajos que en conjunto tratan esta materia: "Los aborígenes de la República Argentina" por Antonio

(1) El presente trabajo son dos conferencias que el Profesor de la Escuela Industrial de la Nación, Ing. Jorge von Hauenschild dió en el salón de actos del Colegio Nacional con motivo de cumplirse el cuarto centenario de la "entrada" de Diego de Rojas al Tucumán.

Serrano y "*La Etnología antigua de Santiago del Estero y la llamada "Civilización Chaco-Santiagueña"*" por el mismo autor, quien hace un minucioso estudio de la documentación escrita y, solamente a base de ella, trata de develar los misterios de los siglos de vida santiagueña anterior a la conquista.

Después de estas palabras a título de introducción, entraremos al fondo del tema.

Los españoles en su conquista del nuevo mundo entraron en esta parte del continente por el Noroeste, la actual república del Perú donde se encontraron con un inmenso imperio, formado por los incas que, partiendo del Cuzco, situado al Norte del lago Titicaca, en el extremo Sudeste de Perú, dominaron primero a los hombres de su propia raza, los Quichuas; a estos siguieron hacia el Sud los Aymará, cuya maravillosa cultura admiramos en la ruinas de Tiahuanaco.

Se admite que esta dominación se inició alrededor del año 800 de nuestra era, llegando a consolidarse después, a los trescientos años, con la aparición del primer inca cuya dinastía terminó con la llegada de los españoles. El imperio incáico se ha extendido al Norte hasta el Ecuador, al Oeste lo limitaba el océano Pacífico, al Este las estribaciones orientales de la cordillera y al Sud llegaron, costearo las montañas, hasta el país de los Huarpes, San Juan y Mendoza, y cruzando los Andes, se internaron en Chile. Los incas —el nombre verdaderamente corresponde a una parcialidad de los quichuas— se impusieron y formaron la clase aristocrática del nuevo imperio, de la cual podían surgir exclusivamente los Jefes, Gobernadores y Reyes (hijos del sol), cuyo culto profesaban; pero no solamente fueron guerreros, sino habísimos administradores, que habían implantado una organización política, donde un tanto de toda producción pertenecía al estado, representado por el Inca, que almacenaba las entregas, contrayendo al mismo tiempo la obligación de subvenir a las necesidades de sus gobernados en años de carestía. Garcilaso de la Vega, el inca historiador, nos cuenta de las delegaciones que anualmente concurrían al Cuzco para entregar su tributo. Así acostumbraban a los pueblos invadidos paulatinamente a su gobierno, a su idioma y culto.

Sabemos a ciencia cierta que los incas han pasado por Tucumán, Catamarca y La Rioja, donde encontramos diseminadas las típicas fortificaciones incáicas. Aquí se impone la pregunta: ¿Han llegado los incas a Santiago del Estero?

Es creencia general que los incas han llegado también a Santiago del Estero y que han dominado a esta comarca al igual que Tucumán, Catamarca y La Rioja, o digamos en un solo término: como en el Noroeste Argentino. Esta convicción se funda principalmente en la difusión del idioma quichua que tiene aun hoy sus focos principales en el río Salado y en los departamentos de Atamisqui y Salavina, si bien se

lo entiende en casi todo el territorio de la provincia. A este respecto comparto la opinión de Levillier, expresada en su libro "Nueva Crónica de la conquista del Tucumán", Biblioteca del Congreso Argentino, Tomo I, pag. 33, donde dice: "La supervivencia del quíchua en las provincias de Santiago del Estero y Córdoba no es efecto de la dominación incáica sinó fruto de las disposiciones de los reyes de España, en cuya virtud hubieran de llevarlo los misioneros a toda la extensión del Virreinato del Perú como vehículo del Evangelio". Por otra parte, ningún cronista e historiador, como ningún conquistador, mencionan el idioma quíchua como lengua de los habitantes de Santiago del Estero. La notable diferencia del quíchua santiagueño con la lengua del altiplano, es bien conocida, pero no tengo conocimiento que alguien haya analizado si esta lengua es un dialecto del idioma madre o si existen otras raíces en ella. Un profundo estudio de esta cuestión podría, quizás, aportar nuevas luces que impondrían un nuevo rumbo a la etnología pre-histórica de Santiago. En el archivo de esta provincia existen dos documentos interesantes: un informe militar que menciona que han podido entenderse con los indígenas, "Por cuanto uno que otro entendía la quíchua", y otra comunicación de un cura párroco de Salavina del año 1668 que comunicaba a la curia, que había tenido que valerse de intérprete para confesar a sus feligreses "por cuanto no entendían la quíchua".

Insisto y llamo muy especialmente la atención de mis oyentes sobre esté particular que juzgo de mucha importancia. En la segunda parte de mi conferencia fijaré mi posición personal al respecto.

EL DESCUBRIMIENTO DE SANTIAGO DEL ESTERO

No cabe ninguna duda, y en eso están de acuerdo todos los autores, que el descubridor de nuestra provincia ha sido Diego de Rojas. Puede ser que no haya sido el primer español cuyos piés han hollado suelo santiagueño, porque existe una información que habla de 14 españoles que habían salido antes del Perú en busca de Trapalandia o la Ciudad de los Césares, y que en este viaje habían atravesado la provincia, pero sin aportar ningún dato que pudiera servir para mejor conocimiento de los habitantes de la misma. El punto de partida de la expedición Rojas, que dió por resultado el descubrimiento de Santiago, y en cuanto se refiere a esta parte de su itinerario, se puede fijar solamente por cotejo y deducción.

Cieza de León indica como punto de partida la localidad de Capayán, sin ubicarla exactamente, de donde debió partir Rojas con su expedición.

Ricardo Jaimes Freyre menciona tres lugares de nombre Capayán:

uno en Catamarca, otro en el país de los Huarpes y un tercero, si bien más moderno, en La Rioja.

Gutiérrez de Santa Clara y Fernández de Palencia no citan expresamente el lugar de partida, pero sí, Cieza de León y los Padres Herrera y Lozano; este último en su obra "La conquista del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán", editada por el Dr. Andrés Lamas.

La opinión de Lozano, a la que se adhiere Boman, es que Cieza de León se refiere a la localidad de Capayán ubicada en Catamarca, porque si no fuese así, no coincidirían las distancias señaladas por los conquistadores, las que, según lo abonan muchos ejemplos, sabían apreciar con bastante exactitud, ni los diversos accidentes del terreno que mencionan, comparados con la actualidad; además cambiaría totalmente el itinerario de la expedición. En los excelentes mapas del P. Guillermo Furlong (Cartografía jesuítica del Río de La Plata 1609 y 1668), figura Capayán de Catamarca, pero ninguna localidad de este nombre en La Rioja.

Aceptemos por lo tanto que el punto de partida de la expedición Rojas, en la parte que nos interesa, haya sido Capayán de Catamarca, desde donde se dirigió al Este, "a la provincia de Mocajar, distante 20 leguas". No es el momento para entrar en discusión sobre el valor de la legua de aquellos tiempos en comparación con las medidas modernas, y quiero agregar solamente que varía entre 4800 y 6000 metros. En el camino se le unió su segundo, Felipe de Gutiérrez, con otra partida que le había seguido a la distancia.

La falta de agua dificultó mucho la marcha de la expedición y "acosados por la sed y por la pérdida de hombres y bestias", pensaban retornar al punto de partida, cuando una oportuna lluvia les salvó del fracaso. Así siguieron adelante y llegaron a un lugar que Juan Christensen identifica con "Punta de Maquijata" o en la actualidad simplemente "Villa La Punta" en el extremo Sur de las sierras de Guasayán; Lozano dice que venía a hacer parte de lo que después se llamó provincia de "los Juries".

A pesar de los continuos combates que Rojas tenía que sostener con la indiana brava de los alrededores, resolvió a descubrir "lo de adelante" y despachó a ese fin a Pedro López de Ayala con 40 hombres. Antes de que éste volviera, Rojas fué herido en uno de estos combates por una flecha envenenada. Sin recursos para neutralizar los efectos del terrible veneno, entregó el mando a un joven de Medellín, Francisco de Mendoza, de quien se había hecho muy amigo, y pidió a Gutiérrez que lo aceptase como capitán, a lo que éste accedió.

Poco después volvió Pedro López de Ayala, quien en su marcha al naciente, después de cruzar "grandes secadales y espesos algarrobales", había llegado a un río llamado Soconcho (hoy río Dulce), encontrando grandes poblados en ambas margenes y donde había "mucho bastimen-

to". Mendoza resolvió trasladarse con toda la expedición al pueblo de Soconcho, sobre el río del mismo nombre, a donde llegaron sin mayores inconvenientes. Cieza de León habla de estas grandes poblaciones y de su economía, pero dice también que sus moradores no revelaban tener una cultura adelantada: "todos son una behetría e gente tan sin orden que parecen a los brutos".

Pareciéndole el lugar muy propicio para instalar el campamento real, fundó, aguas abajo de Soconcho, a corta distancia un pueblo al que dió el nombre de Medellín, según el lugar donde él había nacido en España. Desde el real destacó comisiones para explorar la zona en todas las direcciones. Mendoza mismo se dirigió al Sud, costearo el río Dulce hasta llegar a los pantanos, que cruzó con innumerables dificultades; después exploró las sierras de Córdoba y llegó finalmente al Paraná, a la altura del fuerte "Sancti Spíritu", fundado por Zalazar, desde donde emprendieron el regreso por el mismo camino hasta el real de Malaventura, instalado en el distrito de las Cuevas (Sierras de Achala) en el país de los Comenchingones. El excesivo rigor y la manera despreciativa con que Mendoza trataba a sus subordinados, así como la disconformidad de estos respecto al camino a seguir, hicieron crisis en este punto, llegando a provocar una revuelta donde un núcleo de complotados asesinaron a Mendoza y a su segundo Ruy Sánchez de Hinojosa. A Felipe de Gutiérrez lo había mandado preso al Perú antes de salir de Medellín, donde, por otra parte, se le había reunido Nicolás de Heredia, tercer Jefe de la expedición de Diego de Rojas. No está comprobado si el asesinato de los nombrados se produjo con la anuencia o complicidad de Heredia, pero es indiscutible que éste se hizo cargo del mando después de la desaparición de los dos jefes. En una reunión de todos los componentes de la expedición, se resolvió por mayoría, que convenía bajar a la provincia de los Yuguitas y Juries para abastecerse y tratar de llegar a los reinos del Perú a fin de pedir socorro a las autoridades y volver al punto de partida.

Desde las sierras de Córdoba en el país de los Comechingones, o más exacto desde un lugar que hoy se llama Calamuchita, iniciaron la marcha a la provincia de los Yuguitas o Juries (obsérvense que las informaciones dicen una vez Yuguitas y Juries y otra vez Yuguitas o Juries). No pudiendo aprovisionarse en este lugar por cuanto las cosechas no habían madurado aun, despachó comisiones en busca de "bastimentos". Heredia mismo se dirigió al Salado donde encontró "algún maíz y mucho pescado". Por fin llegaron a la provincia de los Lules en la jurisdicción de San Miguel de Tucumán según González del Prado. No pudiendo aun aquí subsanar la escasez de víveres, Heredia resolvió salir de la comarca, y, "passamos los Andes" como dice el citado González del Prado. Así escalaron los contrafuertes del Aconquija, cruzaron las sierras que separan a Salta de Tucumán para llegar finalmente

a tierras del Perú con lo que terminó la expedición de Diego de Rojas en el invierno del año 1546.

Los primeros datos sobre los habitantes de Santiago del Estero nos proporcionan los cronistas de la expedición de Diego de Rojas. Por ellos sabemos que las riberas del río Dulce y del Salado estaban poblados por naciones sedentarias que vivían agrupadas en grandes poblaciones, que eran agricultores y ganaderos, y que sembraban aprovechando los terrenos regados por las crecidas periódicas de los ríos, cuyo régimen parece idéntico al actual; además cosechaban "mucho algarroba, mucho pescado y muy bueno, avestruces y liebres muy grandes, perdices y muchas otras diversidades de aves", según Fernández de Palencia en su historia del Perú. Todos los autores concuerdan que éste ha sido el país de los Yuguitas o Juries, y me pregunto: ¿pertenecen estos nombres, tan diferentes, a un solo pueblo o a dos naciones distintas? Sabemos que uno de los dos pueblos que se encontraban sobre los ríos, era sedentario, agricultor y ganadero, y el otro nómade, antropófago e invasor que vivía de la recolección y del saqueo de sus vecinos, sin tener residencia fija.

No es más probable que los españoles hayan dado el nombre de "Xuries" o castellanizado "Juries", que en quíchua significa avestruz, a esa gente ligera en sus correrías, que no a un pueblo arraigado? Yo creo que corresponde al pueblo sedentario el nombre de Yuguitas y al pueblo invasor, los Lules, como sobrenombre el de "Juries".

En una relación elevada al presidente de la Audiencia de Charcas por el capitán Pedro Sotelo de Narváez alrededor del año 1582 figura el siguiente parte respecto a los habitantes de Santiago del Estero: "Los indios de esta provincia son gente humilde y grandes idólatras de una idolatría no muy intrincada, hablan una lengua que llaman diaguita general aunque hay otros cuatro que llaman tonocoté, sanaviron, indamá y Lule". Refiriéndose al río Salado dice que "corre de Norte a Sud a doce leguas al Este del río Dulce; tiene muy buen pescado y muy abundante y hasta del mar que sube por él; y eso hasta el poblado de Ribera de la Ciudad de Talavera en la provincia de Estero; de ahí abajo son indios Chiriguano y Tonocoté. Los primeros comen carne humana. Por ellos hay también noticias que más tierra adentro hay otros Chiriguano que tienen relaciones comerciales con los pueblos de este lado del Salado".

Otro cronista, el P. Barzana, informa en su carta ánea del 8 de Setiembre de 1594 dirigida a su provincial, el P. Juan Sebastián, que la parte Sudoeste de Santiago del Estero estaba poblado por los Diguítas.

Sobre la base de lo expuesto trataré de reconstruir el cuadro etnológico que presentó Santiago del Estero al tiempo de la conquista.

Hasta mediados del siglo XVI, o sea hasta la vuelta de la expedición de Diego de Rojas, los conquistadores habían explorado la parte

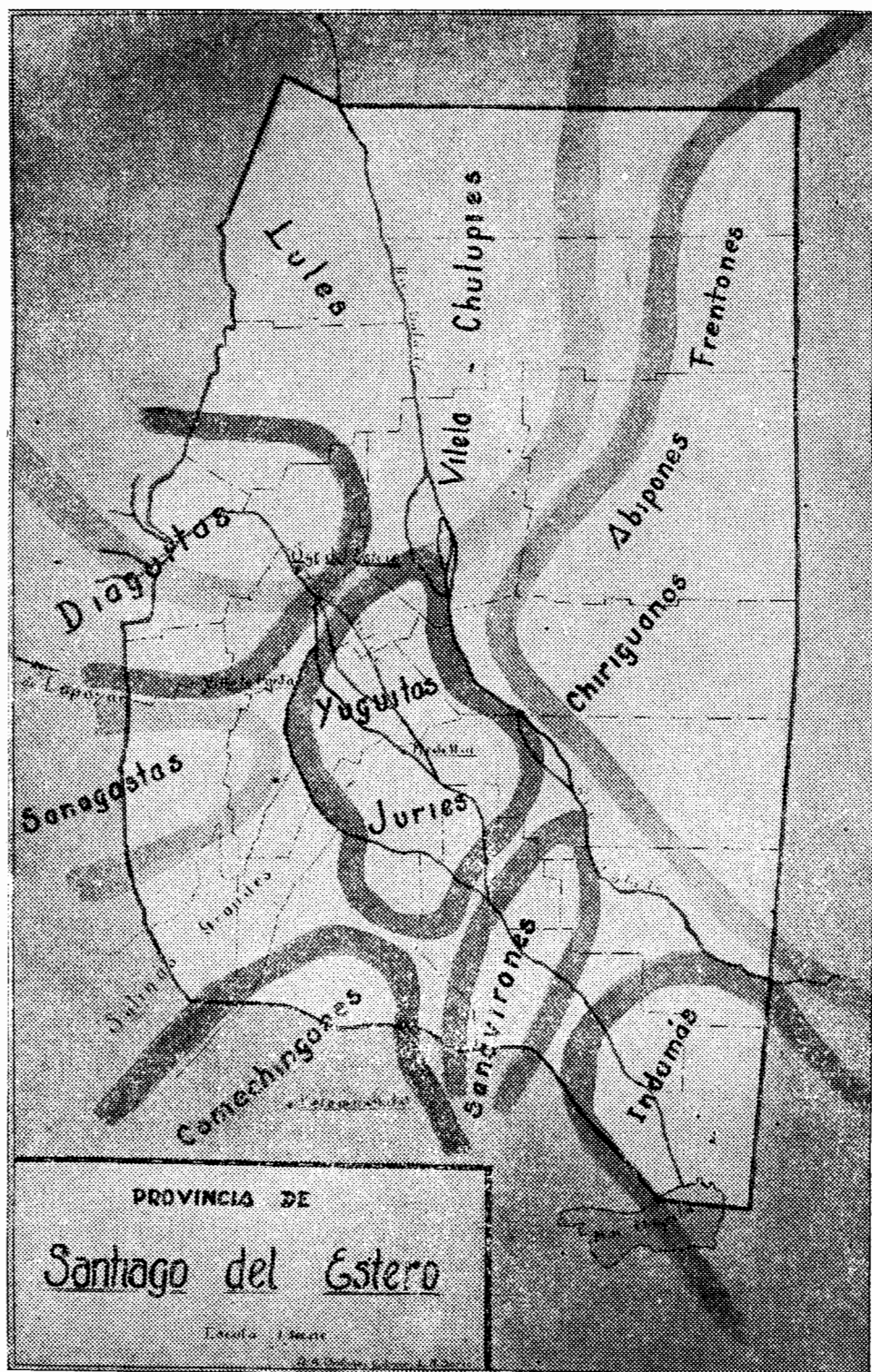
Sud y Oeste de la provincia hasta el Salado, y conviene adoptar la misma división para la más fácil comprensión del cuadro siguiente:

A SUD Y OESTE DE SANTIAGO DEL
ESTERO HASTA EL RIO SALADO;

- 1) *Los Yuguítas*, nombre que considero debe adoptarse definitivamente en lugar de Juríes para los pueblos sedentarios del Dulce y del Salado; su lengua era el diaguita general, según Sotelo de Narváez otros la llaman "Kafá o Kakán" (no la conocemos). Culto: Idólatras que temían al Cacanchig (Diablo) cuya ira y venganza trataron de apaciguar con regalos y sacrificios. "Vivían juntos en grandes bohíos".
- 2) *Los Sanavirones e Indamás* al Sudeste de ellos;
- 3) *Los Sanagastas*, pertenecientes al tronco diaguita, se encontraban en una parte de la sierra de Guasayán y hasta las Salinas Grandes;
- 4) *Los Lules*, que extendían sus correrías desde la provincia de Este hasta el Norte de la sierra de Guasayán y por los ríos Dulce y Salado. Como ya se ha dicho, eran un pueblo nómada, que vivía de la recolección y del saqueo de sus vecinos, y que eran antropófagos. Su idioma es conocido por la gramática y vocabulario del P. Machoni, quien en la primera página la llama de lule y tonocoté, para confesar él mismo adelante que nunca había conocido a un tonocoté. El P. Lozano señala la diferencia de los dos idiomas, pero dice también que los misioneros convertían a los Lules y los confesaban en la lengua tonocoté que "Todos la entendían".

B — NORESTE DE
SANTIAGO DEL ESTERO

- 1) Es indiscutible que el Norte de Santiago del Estero al tiempo de la conquista ya estaba cubierto con inmensas selvas, pero también es indiscutible que en esta misma zona y en tiempos anteriores había vivido un pueblo sedentario, agricultor y ganadero, que los españoles suponían hayan sido *Tonocotés*, cuyo "habitat" fija Lozano en la costa del Bermejo para el siglo XVII. Los conquistadores encontraron en el centro del actual Chaco Santiagueño una nación salvaje, evidentemente emparentada con los Lules, con idéntica economía e igual lengua:
- 2) *Los Vilela-Chulupies*, hoy extinguidos, elemento invasor, procedente del Bermejo como los Lules. Los Tonocoté habían retrocedido ante el empuje de ellos hacia el Norte, abandonando sus tie-



rras; sin embargo, una parcialidad de ellos, los *Mataraes*, fueron separados del tronco común y se retiraron más al Noreste cerca de Concepción del Bermejo donde los catequizó Barzana.

La parte Este del Chaco Santiagueño ha sufrido las invasiones de tribus pertenecientes a otro gran grupo étnico: los Tupí Guaraní, cuyo centro se encontraba en la meseta brasileña. En las riberas del Paraguay y del Paraná se extendían los Guaycures, pertenecientes al mismo grupo. Un desprendimiento de ellos.

3) *Los Abipones*, invadieron el Chaco Santiagueño.

En las relaciones de Pedro Sotelo de Narváez leemos que había Chiriguanos al Norte de la provincia de Esteco, cuyo habitat en las estribaciones orientales de la Cordillera era bien conocido; hoy todavía viven en el mismo lugar, conservando su lengua de origen, el guaraní. En los primeros siglos de la conquista fracasaron todas las tentativas de los españoles para dominarlos, y el P. Lozano en su obra, editada por el P. Machoni en 1736, dice que hasta el siglo XVIII no ha sido posible catequizarlos. Sotelo de Narváez en su ya citada relación, nos da noticias de otros Chiriguanos "que vivían más tierra adentro". Ignoramos si estos estuvieron en Santiago en el momento de la conquista y en la época colonial; sin embargo, encontramos en los yacimientos de Santiago a cada paso fragmentos y piezas enteras de la llamada alfarería gruesa, cuyo patrimonio Serrano reclama para las tribus de la costa del Paraná, los Timboes, los Quiloazas y los Mocoretás. Esta alfarería entra en Santiago sobre una ancha base al Este, acercándose sus límites Norte y Sud hasta encontrar su vértice en Catamarca. Pero hay algunas diferencias que no quiero dejar de señalar. La alfarería gruesa aparece en Santiago en su forma primitiva, gruesa y tosca, pero también, guardando la forma, en una ejecución fina, adaptada a la alfarería artística que existe en Santiago, pero no en el Paraná, y hasta empleando los símbolos típicos que hallaron al llegar a estas tierras. Sin embargo, esta coincidencia no hubiera sido suficiente para aceptar la opinión de Serrano, porque siempre se podría argüir de que ha ido de aquí para allá, como ha venido de allá para acá.

Necesitábase otro hecho que confirmara o que destruyera esta tesis, y no pasó mucho tiempo que éste se produjera.

En Junio de 1940 me visitó un emisario del Museo de La Plata pidiéndome que le indicara un punto donde creyera más conveniente hacer una investigación. No vacilé en proponerle la zona al Este de la estación Beltrán, entre el pueblo de este nombre y Chilca. Se trasladó al lugar, y de acuerdo a sus informes, el Museo de La Plata resolvió hacer una investigación en aquel lugar.

Dos años seguidos el citado Museo destacó una comisión al efecto, que en el primer año trabajó 8 meses y en el segundo 4. El resultado

nunca fué sospechado por ellos: alrededor de 450 cajones se necesitaron para trasladar el material extraído a La Plata.

Pero lo más sorprendente fué el hallazgo de urnas funerarias de gran tamaño (de más o menos 85 centímetros de boca y de igual altura que albergaban los restos de esqueletos de adultos, completos, sentados en cuclillas, prueba evidente del entierro primario en urnas, lo que no se había encontrado antes en Santiago del Estero.

Lozano en su obra "El Chaco Gualamba" informa de la misma costumbre entre los Chiriguano del Norte, con lo que cobra más realidad la noticia dada por Sotelo de Narváez que "tierra adentro había otros Chiriguano".

Este hecho evidencia que una rama del grupo Tupí-Guaraní ha llegado hasta la parte Oeste de Santiago del Estero, sinó más allá, pudiéndose ahora aceptar también la opinión de Serrano, que la alfarería gruesa es alóctona en Santiago y ha sido introducida del Paraná.

En esta parte de la conferencia he tratado de determinar el hábitat de los distintos pueblos a la llegada de los conquistadores; en la segunda parte intentaré una clasificación del acervo arqueológico santiagueño, trabajo previo indispensable para ensayar la determinación de las culturas a que pertenece, ya que corresponde a pueblos sin historia escrita.

II PARTE

Ensayo de Ordenamiento del Acervo Arqueológico Santiagueño, de su Cronología y de sus Afinidades

En la primera parte de mi conferencia he tratado de establecer el nombre de los distintos pueblos aborígenes que la conquista encontró en Santiago del Estero y las zonas que ocupaban, aprovechando la documentación histórica. En la segunda parte, basándome en la documentación arqueológica, filológica y antropológica trataré de clasificar la alfarería y de determinar quienes la han dejado.

Desde que los hermanos Wagner dieron a conocer las hermosas alfarerías que habían exhumado en las selvas del Chaco-Santiagueño e hicieron públicas sus teorías con respecto a aquellas, mucho se ha hablado y se ha escrito en pro y en contra; pero, a mi juicio, ni los hermanos

Wagner ni sus adversarios han tocado el punto neurálgico del problema.

Parece paradójico que los mismos hermanos Wagner sean los autores de la lamentable confusión que existe respecto a esta alfarería, cuya existencia había sido señalado antes por Moreno y Ambrosetti.

Los hermanos Wagner han creado para el conjunto de la alfarería santiagueña el nombre de "Civilización Chaco-Santiagueña", atribuyéndola a un Imperio Teocrático de una edad remotísima, del cual, sin embargo, no se descubría a través de sus exposiciones ni el principio ni el fin, como si no hubieran existido pueblos alfareros en Santiago en época de la conquista; por lo menos no especifican ninguna cerámica que perteneciera a ese tiempo. Eso es evidentemente un error, porque a todos nosotros consta que hoy todavía los santiagueños son insignes alfareros, cuyo oficio ejercen generalmente mujeres.

Esta denominación en conjunto de todo el acervo arqueológico santiagueño —salvo la división en una rama "A" y una rama "B"— sin intentar siquiera de establecer un orden cronológico, tuvo que provocar dudas y resistencias; pero los especialistas argentinos han incurrido en el mismo error al aceptar esta denominación sin antes analizarla, y por eso han llegado a la conclusión, expresada en la semana santiagueña de la Sociedad Antropológica de Buenos Aires, Junio 1939, que toda la alfarería santiagueña presentada por los hermanos Wagner pertenece a la cultura andina: Diaguita-Calchaquí. En idéntico sentido ya se había expresado antes Alfred Métraux en *Le Journal de Américanistes*, París 1935.

Esta opinión, expresada en forma tan concluyente, tampoco se puede aceptar sin reaccionar, porque sin duda, no se ha hecho un minucioso estudio previo, ni se ha intentado una clasificación del material existente.

¿Sería posible que en las vastas llanuras de Santiago haya vivido durante tantos siglos o milenios un solo pueblo, y haya existido una sola cultura? ¿Qué no hayan habido migraciones e invasiones, y por consiguiente asimilaciones y superposiciones? Creo que nó. Santiago es un país abierto que no ha podido aislarse ni menos substraerse al vaivén de los tiempos. En nuestro continente no conozco más que un solo caso de aislamiento temporario, salvo las zonas aun hoy inexploradas del centro del Brasil, que es el de los Huicholes o Guicholas en la Sierra Madre, al Noroeste del Estado de Jalisco, Méjico, de los que Cyrus Thomas-Swanton y Carlos Lumboltz dicen que eran descendientes de los Guachichiles. Este último autor ha vivido varios años entre ellos y a su vuelta escribió un relato detallado de la vida económica, política y religiosa de los mismos. A estos indios conocieron los españoles en los primeros años de la conquista, según resulta de varias declaraciones históricas. Después, durante más de tres siglos, no se supo nada de ellos, hasta que

volvieron a aparecer a mediados del siglo pasado. Santiago, por su posición geográfica, ha sido siempre un país de tránsito, un camino obligado para todos los vecinos. Por otra parte, los incontables yacimientos arqueológicos, ubicados generalmente en la riberas de antiguas y aun existentes ríos, prueban que Santiago ha estado muy poblado, que en épocas prehistóricas han vivido aquí pueblos sedentarios que durante largo tiempo han seguido las mutaciones de los ríos Dulce y Salado en procura del elemento principal: el agua. Para producir esa enorme cantidad de material arqueológico que se encuentra a cada paso, se han precisado muchos años y muchas manos.

Como ya se ha dicho, los especialistas argentinos consideran la "Civilización Chaco-Santiagueño" como perteneciente a la cultura diaguita que ha llegado hasta la conquista y la ha supervivido. Deliberadamente no agrego el término "Calchaquí", por cuanto no creo que estos hayan sido diaguitas. El marco de esta conferencia no me permite fundar esta opinión, por lo que debe quedar reservada para otra oportunidad.

No se puede negar que una parte de la alfarería santiagueña acusa rasgos de una semejanza inconfundible con la cultura diaguita. Otro punto de contacto es la lengua común: diaguita general o Kaká. La afinidad antropológica ha sido establecida por el Dr. Imbelloni en un minucioso estudio de los restos óseos que le fueron enviados por el señor Emilio Wagner. Imbelloni llega a la conclusión que estos pertenecen a un pueblo de la raza andina y señala como única diferencia una plagiocefalia generalizada frente a una deformación artificial tabular erecta u oblicua en el Noroeste argentino. Puedo confirmar que los treinta y tantos cráneos que poseo, acusan la misma característica y quiero agregar que ella se refiere a la diagonal frontal-derecho-occipital-izquierdo, con excepción de dos, cuya deformación afecta la otra diagonal.

Pero hay algo más, que no se ha señalado hasta ahora y que, quizás, permita un ensayo de clasificación de la alfarería santiagueña por el método de la eliminación. Tanto en el Noroeste argentino como en Santiago del Estero existen dos técnicas distintas respecto a la fabricación de los vasos, como a su decoración:

- 1) La decoración ha sido hecha antes de la cocción; y
- 2) La decoración ha sido hecha después de la cocción.

Esta última técnica es común tanto en el Noroeste como en Santiago del Estero y permite una fabricación rápida con el empleo de pinturas vegetales. No así la primera que exige un procedimiento especial y el uso de pinturas metálicas que para su oxidación requieren bastante tiempo.

El aspecto exterior de estos hermosos vasos recuerda con su brillo mate a los vasos de los antiguos romanos encontrados en los yacimientos de aquella época y que más tarde se ha dado en llamar "Terra sigillata". Los antiguos romanos no conocían la porcelana y usaban

como los primitivos habitantes de América, la arcilla, material poroso y opaco en su estado natural. Pero empleaban un procedimiento que proporcionaba a sus vasijas un brillo que todavía hoy, después de miles de años perdura. Se supone que esta técnica se usó primero en Samos, desde donde pasó a Italia; allí se desarrolló una gran industria, cuyo centro era Arretium. En el transcurso de los siglos el procedimiento se perdió, y en la segunda mitad del siglo pasado se invirtieron ingentes sumas para volver a encontrarlo. Generaciones de químicos y alfareros se ocuparon del problema, aparentemente sin solución, hasta que un día, hace más o menos treinta años, se presentó Karl Fischer, un simple alfarero del palatinado bávaro, Alemania, con una serie de vasos de su fabricación cuyo aspecto no se diferenciaba en nada de los renombrados vasos romanos llamados "Terra sigillata", que los franceses llaman "engobée" y castellanizado "engobe".

El procedimiento no puede ser más sencillo: los vasos, en estado crudo, son expuestos a una ligera cocción; después se les cubre con una delgadísima capa de barro arcilloso, pulverizado como harina, agregando el color que desea obtener.

Una vez seco, se le dá el alto lustre cepillándolo. Conseguido este, se decora el vaso y se le somete a la cocción definitiva.

Un sinnúmero de la alfarería santiagueña ostenta esta capa y ha sido pintada antes de la cocción (un análisis químico debe dar su veredicto definitivo). En el Noroeste argentino aparecen también vasos de este tipo, si bien en mucho menor proporción. Este procedimiento exige mucho tiempo y su empleo se limitará actualmente, en un época en que el factor tiempo tiene tanta importancia, a la alfarería de lujo.

Me parece difícil que estas dos técnicas hayan existido al mismo tiempo y en el mismo lugar, porque la primera que admite una fabricación rápida, bien podría ser el eslabón intermedio entre la antigüedad y la era moderna.

Aplicando este criterio, clasificaría la alfarería pintada después de la cocción como la más moderna que ha alcanzado y hasta supervivido la conquista. Por consiguiente, la otra debe ser de mayor antigüedad.

El número de yacimientos de la más moderna es relativamente reducido al norte del Salado, en la zona principal de las exploraciones de los hermanos Wagner. Sin embargo, exploraciones superficiales realizadas en otras partes del Chaco santigueño han revelado la existencia de grandes yacimientos con alfarería pintada después de la cocción cuyos productores deben haber pertenecido a un pueblo sedentario, por su gran número, y de los que los españoles creían que eran tonocotés, aunque Lozano ubica su "habitat" en la costa del Bermejo, y Barzana, a fines del siglo XVI, dice que ha catequizado a los Matarraes, una parcialidad de

los tonocotés, a siete leguas de Concepción del Bermejo, donde compuso una gramática y diccionario de esta lengua.

Aceptando que este pueblo haya sido tonocotés, no hay ninguna duda que han empleado la misma técnica de los yugitas y diaguitas, como también se podría admitir que hayan sido contemporáneos y que ocuparon en su tiempo la mayor parte del Chaco Santiagueño hasta que fueron desalojados por los Vilela-Chulupies, los Lules y otros.

La igualdad de esta técnica, como otras afinidades que trataré más adelante, me han sugerido la posibilidad de que los tonocotés hayan sido del mismo origen que los diaguitas y yuguitas. Una investigación metódica en esa zona yerma del Chaco podrá aclarar este problema.

La afinidad antropológica de los diaguitas y yuguitas (hasta en el nombre existe) y sanagastas está comprobada por Imbelloni; todos pertenecen a la raza andina, a lo que no se oponen las características antropológicas de los tonocotés, si bien no han sido estudiados todavía para la mayor parte del Chaco santiagueño.

Pero hay un tercer factor que me parece de tanta importancia como los anteriores: la lengua. Pedro Sotelo de Narvárez llama el idioma de los yuguitas "diaguita general", como si quisiera indicar que es la misma lengua; de los sanagastas sabemos que hablaban el mismo idioma. Otros autores dicen que en Santiago se hablaba el "kaká o kakán", cuyo nombre dan los conquistadores también al idioma de los diaguitas. Finalmente Lozano dice que Barzana aprendió el tonocoté en Santiago, nombre que otros autores habían aplicado anteriormente.

Estos tres puntos:

- 1) La técnica común en la fabricación y decoración de su alfarería;
- 2) La comprobada afinidad antropológica;
- 3) El mismo idioma;

Hacen muy probable que todos hayan sido ramas del mismo árbol.

Nos falta averiguar si la lengua de estos pueblos ha sido un idioma independiente o si ha pertenecido a un grupo lingüístico definido.

Yo conocía ya la gran diferencia entre el quíchua santiagueño y la lengua del altiplano y del Perú, y he partido de este punto para establecer la razón. La casualidad puso en mis manos un diccionario que contiene doce mil voces castellanas con su traducción a tres dialectos quíchuas y al aymará, compuesto por unos frailes franciscanos y editado en Lima. Con gran sorpresa encontré varias voces que en Santiago nadie vacilaría en reconocer como quíchua y que en realidad son aymará. En este momento estoy empeñado en aumentar el caudal de voces que ya poseo, y como prueba voy a citar tres de las más conocidas: *Pirua*, troje en castellano, es aymará; *Añatuya*, zorrilla o zorrino, es aymará, y *gasta*, que entra en la formación de muchos nombres, significa poblado, pueblo, y es también aymará. Pero encontré otro detalle curioso que aprovecho la oportunidad para hacerlo conocer. Los historiadores de la conquista

dicen de los calchaquíes que ya hablaban la lengua del Perú, mientras que, refiriéndose a la lengua de los diaguitas, expresaban que era áspera y difícil de pronunciar. Ahora, como curiosa coincidencia, encontré en el mismo diccionario la palabra aymará "kaká" que significa tartamudear. ¿No sería posible que los españoles la hayan aplicado al idioma porque les parecía que tartamudeaba él que hablaba?

También es raro que ningún misionero u otro hombre culto haya consignado las voces de esta lengua, como tampoco las del tonocoté, aunque de esta se dice que el padre Barzana compuso una gramática y diccionario, pero la realidad es que nadie la conoce; a pesar de que figura en el catálogo de escritores jesuíticos del padre Rivadeneira como publicado en Roma en el año 1676.

Si bien el número de voces aymará que he encontrado hasta ahora en el quíchua santiagueño no es suficiente para establecer con certeza que los pobladores de Santiago hayan sido de origen aymará, podrá ser siempre un indicio. En seguida trataré de averiguar que probabilidades puede tener esta teoría. Los fundadores del imperio incáico, los Incas, eran una parcialidad de los quíchuas y ocupaban el extremo Sudeste de esta nación, al Norte del lago Titicaca, en el límite entre Bolivia y Perú. Se admite que ellos iniciaron sus conquistas alrededor del año 800 de nuestra era, y dominaron primero a los hombres de su propia raza, los quíchuas, para extenderse después hacia el Sur invadiendo a sus vecinos más próximos, los aymará, cuyo antiguo imperio, ya en decadencia, no pudo resistir el empuje. Los aymarás habían sido los creadores de una maravillosa cultura, y su exponente máximo son las ruínas de Tiahuanaco cuya grandiosidad permite sospechar que haya sido cabecera de un poderoso imperio. Mucho se ha discutido sobre el tiempo de existencia de este imperio aymará, hasta que Max Uhle propuso fijarlo en 1.500 años lo que, al fin, se resolvió aceptar; el mismo autor señala también el año 400 de nuestra era como probable época de su mayor florecimiento.

Max Uhle sostiene que los mayas, en su retirada de Centro-América han llegado hasta Nazca en el Perú y encuentra en esta cultura afinidades con el arte tiahuanaco lo que, por otra parte, no sería extraño, por cuanto la ubica en los primeros siglos de nuestra era, época de mayor florecimiento aymará.

No se puede dudar que los aymarás habían formado un gran imperio antes de la era incáica, y no está fuera de lugar suponer que su expansión haya llegado hasta el Noroeste argentino: Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, y Santiago del Estero. Admitiendo esta hipótesis, es muy posible que estos pueblos de origen aymará se hayan independizado cuando los incas dominaron la central. Después de su avance al Sur, los incas ocuparon toda la zona precordillerana, pero les faltó tiempo para absorber completamente estos pueblos, debido, a la llegada de los españoles.

Los incas, en su marcha al Sur, han encontrado en el Noroeste argentino zonas muy pobladas, y de una cultura bastante adelantada, aunque creo que los pobladores más antiguos han sido los productores de la alfarería negra de la que me ocuparé más adelante, como también de la alfarería policroma engobada que se encuentra entremezclada con la diaguita. El examen de la alfarería tipo santamariano no corresponde a esta conferencia.

Indiscutiblemente la cultura diaguita se impuso en el Noroeste, posiblemente por la poca densidad de la población que encontraban. En Santiago parece haber sucedido lo contrario, lo que me propongo resumir como sigue:

- 1) En Santiago no se encuentra ningún rasgo común con la cultura incáica, pero sí con la cultura de Tiahuanaco o digamos: aymará;
- 2) Las tribus que llegaron a Santiago del Estero habían asimilado las formas y símbolos de una cultura muy adelantada, anterior a ellos. Sin embargo, no han adoptado la técnica decorativa de la misma.

Otras diferencias deben señalarse:

- 1) La decoración en el Noroeste es a menudo sobrecargada, mientras que en Santiago exhibe un estilo que podríamos llamar, clásicamente puro.

No se puede negar que avanzadas de esta cultura básica de Santiago hayan llegado al Noroeste, como lo prueba la documentación arqueológica.

Sin embargo, aparece en cantidad reducida en relación al enorme material presentado por los hermanos Wagner y otros, lo que dice a las claras que el centro de la misma ha debido ser Santiago, de donde ha irradiado,

Dando por sentado que la alfarería engobada tiene mayor antigüedad, averiguaremos quienes han podido ser sus productores.

En primer lugar fijaremos las características que, a mi juicio, corresponden a este tipo:

- 1) Preparación esmerada de la materia prima que permitía la fabricación de paredes muy delgadas;
- 2) Un engiobe (la tierra sigilatta de los antiguos romanos) en blanco, rojo y marrón, este último en todos los tonos, previo alisamiento del material;
- 3) La decoración pintada en rojo y negro, este último a veces solo y combinado con el rojo; en este caso se alternan los colores;
- 4) La cocción definitiva posterior a la decoración.

Difiero algo de las características que enumeran los hermanos Wagner para las dos ramas A y B, refiriéndose las que anteceden principalmente a las alfarerías que según ellos corresponden a la rama A. La clasificación en las ramas A y B no ha permitido establecer ninguna cro-

nología ni tampoco ha dado un indicio de quienes habrán sido sus manufactureros..

Las urnas tienen generalmente una forma globular o subglobular; la decoración en ningún caso pasa a la parte inferior, técnica que han adoptado también los posteriores alfareros; ostentan casi siempre dos asas planas contrapuestas debajo del ecuador, soldadas encima del cuerpo en estado crudo, sin perforar las paredes. La fabricación de estas urnas se ha hecho en cuatro partes: el cuerpo en dos partes, el fondo y el cuello que luego fueron convenientemente soldados. Las dimensiones son siempre proporcionales y estéticas, nunca se encuentra exageración en ningún desarrollo, y eso les asegura la belleza de conjunto que siempre ostentan.

Como costumbre mortuoria se practicaba el entierro secundario, quiere decir, que se enterraba el cuerpo del muerto primero en alguna parte para recoger luego los huesos, una vez completamente descarnados, y depositarlos en una urna a fin de darles sepultura definitiva. La colocación de los huesos chicos es idéntica en todos los yacimientos que conozco, en la parte inferior de la urna. El tamaño de la urna está siempre tan bien calculado que llenan la parte inferior hasta la altura del ecuador. Lugar que ocupan los huesos largos, encima de los cuales se encuentra ubicado el cráneo. En los distintos yacimientos he encontrado variantes, tanto en el número de personas cuyos restos fueron depositados en una sola urna, como en la ubicación del cráneo. En el yacimiento de Vilmer se ha encontrado generalmente el cráneo depositado separado del resto de los huesos, en otra urna colocada a la par; en Quiroga he encontrado en algunos casos hasta tres personas en una sola urna, aunque en la mayoría de los casos los restos pertenecían a una sola persona. En todos los casos he hallado que las urnas habían sido rellenas con arena hasta cubrir completamente los huesos.

Un hecho curioso es que en general no se encuentra en Santiago ajuar funerario. Una sola vez hallé una urna de la cual extraje una cantidad de cuentas de collar de un material correspondiente a un bivalvo cuyos restos están a estudio del especialista Profesor Martín Dóello Jurado para determinar su procedencia. Es de lamentar que no he podido recoger restos óseos en esta urna por cuanto estaban reducidos a polvo, si bien los negativos de los huesos que aparecían en la arena húmeda, indicaban que habían pertenecido a un adulto. A esta urna acompañaba otra, rústica y de menor tamaño, que visiblemente, no había servido como funeraria y que solo contenía una flauta de huesos con cinco orificios. El material de la misma fué clasificado por Rusconi como tibia de Guanaco. En el mismo lugar —el yacimiento de Beltrán— encontré otra urna grande con restos de adulto, acompañada de dos urnas chicas de esmerada fabricación y decoración en pintura negra, que contenían restos de párvulos.

El entierro en urnas de personas de todas las edades distingue a la costumbre mortuoria de Santiago de la del Noroeste Argentino, donde se reservaba esta forma casi exclusivamente para párvulos, como en Yocavil y en Santamaría. Otro hecho importante que merece ser señalado, es el uso de la flecha envenenada que causó tantas víctimas entre los conquistadores.

Ahora bien:

La mayoría de los presentes conocerá el sinúmero de bellísimas piezas que exhibe el Museo Arqueológico de la Provincia, y cuantos no se habrán formulado la pregunta: ¿Quiénes habrán sido los autores de esta maravillosa cerámica?

Trataré de contestarla.

Se reconoce que en tiempos prehistóricos había en nuestro continentes dos grandes pueblos, de una cultura muy adelantada, e insignes alfareros: Los Mayas y los Araucos; de estos últimos hay quien dice: donde aparece una primorosa alfarería, deben haber intervenido los Araucos.

El estudio de estos antecedentes, someramente expuestos, me ha llevado a la conclusión de que en Santiago del Estero han existido dos culturas pilares: una amazónica de mayor antigüedad, y otra andina más moderna. La primera se podría atribuir a los Araucos, y la segunda a los Aymarás.

No hay ninguna razón para negar que los araucos puedan haber llegado a Santiago del Estero, ya que hoy todavía se encuentran descendientes de ellos enclavados en territorio boliviano: los Uro-Puquinas. Otros oasis de pueblos del mismo origen existen cerca de la costa del océano Pacífico en el antiguo territorio de los Aymarás y Quichuas: en la parte Sud del Perú. El nombre "Arauco" fué dado a esta nación por los españoles, tomado de una tribu de Venezuela a la que seguramente habían aplicado el nombre de su cacique, como acostumbraban hacerlo, aunque este pueblo se llamaba a sí mismo "Luckkunu". Nordenskjöld dice de los Araucos que han sido grandes artistas y alfareros, como lo prueba la maravillosa alfarería de Marajó. Este etnólogo sueco de una autoridad mundial reconocida, fija el límite Sud de la expansión de los Araucos en el Chaco, donde hoy todavía se encuentran los Chanés, reconocidos como de origen arauco. Admitiéndolo, no sería nada extraño que ellos fueron los pueblos que los españoles encontraron a su llegada.

Frente a la afirmación de los hermanos Wagner, que hablan en general a la cultura andina, a los Diaguitas, a los Yuguítas, a los Sanagastas y, como es muy probable, deben incluirse también los Tonocoté todos ellos, a mi juicio, ramas del grupo aymará. Está fuera de duda que esta cultura ha alcanzado y hasta supervivido la conquista hispánica, ya que ellos fueron los pueblos que los españoles encontraron a su llegada.

Frente a la afirmación de los hermanos Wagner, que hablan en ge-

neral de una civilización milenaria, algunos especialistas argentinos se han horrorizado de que se hayan encontrado en el Salado, conjuntamente con esta alfarería sin clasificación cronológica, muros de adobe, y en otros yacimientos cuentas de vidrio de indiscutible factura europea. Sobre la base de estos hechos han llegado a la conclusión de que toda la alfarería de Santiago del Estero es moderna y de la época de la conquista. De mi exposición es fácil deducir que estos hechos no me han podido impresionar, por cuanto concordarían perfectamente con lo posible y hasta con lo probable, siendo evidente que Santiago estaba poblado tanto en la época de la conquista como en tiempos remotos, lo que prueban los innumerables yacimientos arqueológicos en zonas que los españoles encontraron desiertas.

Pero fuera de las ramas A y B que los hermanos Wagner incluyen en su denominación "Civilización Chaco-Santiagoense", aparece una tercera clase de alfarería que por su importancia no puedo dejar de mencionar: la alfarería negra.

Los paraderos de esta alfarería que se conocen hasta ahora, se extienden desde el límite con Tucumán en ambos márgenes del río Dulce hasta Loreto; en otra parte aun no se ha hallado. En el Noroeste se conocen importantes yacimientos de ella, como ser: La Candelaria, en el límite entre las provincias de Tucumán y Salta, explotado por Schreiter; la mayor parte de lo extraído se encuentra en el Museo Nacional; los Barriales y la Ciénaga, cerca de Belén, provincia de Catamarca, que fueron explotados primero por Weiser, por cuenta del Museo Muñiz Barreto y que hoy forma parte del Museo de La Plata, como también por Debenedetti y Casanova en representación del Museo Etnográfico. La decoración de los vasos o pucos negros de Tucumán y Catamarca es siempre incisa, pero existen tres tipos diferentes: el llamado tipo draconiano, el zoomorfo y el simplemente geométrico; a veces se ha rellenado las incisiones con pintura blanca. En Santiago del Estero no conozco ningún puco con decoración incisa del llamado tipo draconiano ni zoomorfo, pero sí con decoración geométrica; además poseo uno que presenta inciso un conocido símbolo santiagueño. Aisladamente y distante de estos paraderos se han encontrado cuatro piezas de alfarería negra, de los llamados vasos-pato; tres de ellos aparecieron cavando una acequia en una finca cerca de la estación Simbolar de los FF. CC. del Estado, de los cuales uno está en el Museo arqueológico de la Provincia y los otros se han perdido para su estudio en manos particulares ignoradas. El cuarto fué descubierto por una avenida de agua entre Chaupi-Pozo y el río Dulce, en las cercanías de éste, y se encuentra en mi poder. Los cuatro vasos son de indiscutible factura del Noroeste, siendo muy probable que hayan sido importados.

En los paraderos cerca de Belén aparecieron también, conjuntamente con la alfarería negra, vasos que Casanova llama "rojizos" por el co-

ios del material, con decoración pintado en negro o sin ella; pero llama la atención que no menciona ninguna urna de esta clase de material ni siquiera el hallazgo de fragmentos que podrían corresponderle.

Respecto a los paraderos de la alfarería negra tengo que limitarme a los yacimientos del departamento Banda, únicos que conozco por haberlos investigado personalmente. Más adelante daré la ubicación de los mismos. En estos paraderos he encontrado mucho material de alfarería negra y gris, casi todo fragmentado, hachas de piedra con surco circular y otras con surco en tres costados, herramientas de piedra y unas bolas curiosas de material cocido hasta de unos veinte centímetros de diámetro, cuyo uso no me parece aclarado. Las urnas que he encontrado han sido casi todas funerarias, y se las puede clasificar en tres tipos diferentes:

- 1) Urnas de material negro, de un brillo extraordinario en la parte exterior y gris natural en la interior; todas son ápodes y poseen dos asas agujereadas colocadas a la altura del ecuador; las asas se han fijado perforando las paredes de la urna y remachando los extremos en la parte interna. En mi colección hay dos ejemplares de este tipo;
- 2) Urnas funerarias de tamaño grande, más altas que anchas, de un material quizás algo más inferior, sin embargo con paredes muy delgadas de 2 a 3 milímetros de espesor; son ápodes como las anteriores; no tienen asas; en la parte exterior existen vestigios de que habían estado engobadas(?) y pintadas íntegramente en rojo; la decoración está constituida por figuras aisladas de un curioso diseño que recuerda el "aserrado" inciso del estilo draconiano, pintadas en la parte superior y ribeteadas en blanco. Estos diseños difieren totalmente de la decoración corriente de Santiago del Estero. Poseo seis piezas de este tipo, de las cuales dos se destacan por ostentar la primera una cara humana en relieve en el cuello, y la otra un apéndice zoomorfo debajo del mismo;
- 3) Urnas negras de un material algo rústico que no demuestran haber servido para usos funerarios; son igualmente ápodes, pero, como particularidad, tienen una sola asa en el cuello en posición vertical u horizontal. Poseo una pieza de cada tipo.

En el departamento Banda puedo señalar hasta ahora tres paraderos de esta alfarería:

1º — *Ardiles*, poseo únicamente fragmentos de vasos con decoración incisa geométrica, escalonada, igual a Belén;

2º — *Soria*, Urnas rojas y negras del tipo 1) y 2), grandes vasos con decoración geométrica incisa; un vaso con una figura incisa frecuente, pintado en la alfarería santiagueña e idéntica a la decoración de un puco pintado encontrado en Hualfín, Catamarca, por Lafone Quevedo;

3º — *La Cuarteada*, Urnas rojas y negras de los tres tipos, vasos

con decoración incisa geométrica y líneas paralelas, de material negro y gris.

Ultimamente, cavando una acequia al Sud de la ciudad de la Banda, se halló una urna del tipo rojo que está en mi colección.

La antigüedad de esta alfarería negra ha sido muy discutida; acerca de ella existen dos teorías distintas: una, defendida por Boman, la declara contemporánea de la conquista y la relaciona con el tipo santamariano; la otra, sostenida por Uhle y Debenedetti, le asigna una gran antigüedad y la relaciona con el Protonazca y el Protochimu en el Perú, de donde debería haber llegado al Noroeste Argentino costeano la cordillera del lado oriental, o bien, directamente de Chie, cruzándola.

Dos teorías diametralmente opuestas y aparentemente irreconciliables. Boman quiere ver en esta alfarería una relación con el tipo santamariano; respecto al material, efectivamente parece existir una afinidad, que solamente un análisis químico podría establecer definitivamente. Pero hay algo fundamental que se opone a esta teoría: el ojo mongólico, corriente en la decoración santamariana, no aparece en esta alfarería; además, el material usado en la alfarería negra es indiscutiblemente diferente del usado en la alfarería santiagueña. El ojo mongólico es evidentemente un elemento extraño en el Noroeste, importado por un pueblo invasor que no ha llegado a Santiago del Estero, por cuanto aquí no existe. La teoría de Uhle y Debenedetti establece una probable procedencia de la alfarería negra, y estos autores no se oponen a que restos de este pueblo alfarero hayan llegado hasta el tiempo de la conquista; pero lo único seguro parece ser, que este problema está todavía muy lejos de su solución.

La etnología prehistórica se basa en la arqueología, en la filología y en la antropología, lo que da una idea de las dificultades que se presentan para llegar a una conclusión definitiva. Los yacimientos arqueológicos permiten establecer las zonas que tal o cual cultura ha ocupado y facilita el estudio y la comparación de las técnicas empleadas como de la decoración; la interpretación de los símbolos es puramente personal, y lo que a uno parece real, para otro es absurdo. La filología o el conocimiento y la comparación de las lenguas no ha sido suficientemente estudiada y empieza recién a dar sus primeros pasos. La antropología, de por sí la rama más ingrata de la ciencia, da un resultado positivo donde existen restos óseos medibles y comparables, y negativo cuando su estado no permite ninguna comparación.

Antes de finalizar mi exposición deseo dedicar unas palabras a la actitud que han asumido los especialistas argentinos frente a la teoría de los hermanos Wagner, quienes sostienen la existencia de una civilización chaco-santiagueña y le asignan una remotísima edad. En la semana santiagueña de la Sociedad Antropológica de Buenos Aires han

rechazado la remotísima o milenaria edad del acervo arqueológico santiagueño y lo han declarado moderno, perteneciente a la cultura andina y contemporáneo de la conquista. En arqueología y etnología no se puede hablar de edades geológicas, de centenares de miles de años, pero la cultura incáica, ¿no es para nosotros ya milenaria? ¿Y no lo es con mucha más razón la cultura aymará y la de los Mayas, para quienes el profesor Ludendorff del Observatorio de Potsdam, Alemania, ha establecido en un detenido estudio del planetario encontrado en un templo de Yucatán, que tiene 4000 años?

Los especialistas argentinos hubieran podido llegar a la misma conclusión, si antes hubieran discutido el término "Civilización Chaco-Santiagueña". Esta denominación, creación equivocada de los hermanos Wagner, porque involucra toda la alfarería santiagueña, hubiera debido ser analizada previamente, clasificando en lo posible el acervo existente por su orden cronológico, antes de expedirse en forma tan concluyente. A mi entender hay en Santiago alfarería milenaria y alfarería moderna; en esta exposición he ensayado su clasificación, como también he intentado de establecer a que culturas pertenecen.

Los hermanos Wagner han establecido esta edad milenaria a base de correlaciones, principalmente con el viejo mundo y han presentado un cuadro magnífico de interpretaciones de símbolos, digno de poetas y artistas, pero que tienen un valor muy relativo para fijar su cronología y sus autores. Ellos dirigen nuestras miradas hacia Eurasia como si esta cultura hubiera venido de allá. Para aceptar esto, debería definirse primero el origen del hombre americano, problema que está muy lejos todavía de ser solucionado. Sin embargo, tampoco esta opinión se puede rechazar de plano, ya que Ehrenreich encuentra en una tribu arauca de la Guayana indiscutibles rasgos caucásicos. Pero solo sobre la base de correlaciones es imposible establecer dependencias ni mucho menos contemporaneidad.

Jorge von Hauenschild
